

Al Jazeera.
De la producción de
contra-hegemonía,
a la resurrección de una conciencia
política árabe.

Gilberto Aranda
Universidad de Chile

1.- Antecedentes: colocando imágenes, inventando guerras

En plena década del 70, y todavía en Guerra Fría, la Unesco encargaba a una comisión — encabezada por el irlandés Sean Mc Bride— el análisis y propuestas para descentralizar el orden informativo mundial controlado por las fuentes mediáticas mundiales, casi todas radicadas en los centros de poder planetario. Estados Unidos, Europa Occidental y la Unión Soviética concentraban el flujo noticioso en pautas que reflejaban la estructura bipolar de bloques antagónicos. La comisión Mc Bride concluyó que el esquema comunicacional era legado del colonialismo cultural de las grandes potencias, sugiriendo la creación de un “Nuevo Orden Informativo” mundial que observara la presencia de agencias de prensa nacionales, ya fueran públicas o privadas, capaces de contrarrestar el enorme peso de los medios de comunicación más tradicionales.

Existieron intentos serios de implementación de dispositivos de comunicaciones por parte del Movimiento de Países No Alineados. Sin embargo, hacia el cierre del milenio, la situación había cambiado, pero en el sentido opuesto al sugerido por la comisión Mc Bride. Los avances tecnológi-

cos hicieron posible la emergencia de una industria comunicacional viable financieramente. La red de noticias por cable CNN, propiedad del magnate Ted Turner, cuyas estaciones iniciaron sus funciones en Atlanta, Georgia, hacia 1980, habían desplazado a las tradicionales ABC, NBC y CBS en las preferencias mediáticas, llegando a obtener una audiencia record de 1.000 millones de televidentes durante la emisión en vivo de los bombardeos sobre Bagdad(...) en 1991, bajo el lente y comentario experimentado del reportero estrella Peter Arnett. De esta manera, los periodistas de la CNN se transformaron en la vanguardia de los 1.500 profesionales que cubrieron la operación “Tormenta del Desierto”.

Era el comienzo de la era CNN, que durante las crisis internacionales de los siguientes 10 años confirmó su papel como empresa de comunicaciones de punta. Ya fuera en la intervención de Haití en 1994, la guerra en la ex Yugoslavia o Chechenia, la cuestión de Kosovo, la imagen de CNN tenía un lugar indisputado en la transmisión de noticias desde cualquier lugar del mundo. Su omnipresencia parecía acompañar al predominio político de Estados Unidos de aquellos años de la primera parte de la posguerra fría.

Sin embargo, la transmisión simultánea, en “tiempo real” o simplemente “en vivo y en directo”, del bombardeo sobre Bagdad de enero de 1991 significó más que la inauguración de un Nuevo Orden Informativo —que a semejanza del militar, disfrutaba de unipolaridad—; la voluntad de sintetizar la ubicuidad de las posiciones de aliados y adversarios en pugna parecía hacer realidad la profecía orwelliana del “hermano mayor”, digitando voluntades desde pantallas omnipresentes. La fuente emisora única, el Tercer Ojo del paradigma de la CNN, proyectaba la ilusión de la democratización de la noticias por el sólo hecho de que eran millones los receptores a través del mundo, una audiencia masiva como nunca antes, ignorando la edición del lenguaje y el mensaje que imagen y narración contenían. La presentación de imágenes generaba —una vez más— la impresión de narración “objetiva” de la Guerra, aunque algunos europeos criticaron lo que percibieron como una uniformización de la opinión pública mediante la presentación de una visión única y exclusiva del conflicto bélico. Incluso un observador atento como Baudrillard llegó a sentenciar que la guerra finalmente no había tenido lugar, y que los medios de comunicación

occidentales —con la CNN a la cabeza— habían sido cómplices, presentando una guerra “en tiempo real” mediante la edición de imágenes que proyectaran la idea de que una alianza comandada por Estados Unidos se había batido contra el ejército iraquí, aunque en verdad Saddam Hussein no usó su capacidad militar, lo que a la luz de la prolongación de su mandato hasta 2003 al menos nos debería hacer meditar.¹

De paso, se minaba la función de evaluación de la información que históricamente jugaban los servicios de inteligencia de los Estados. En palabras de Knutsen: “Los medios convierten los campos de batalla en asuntos públicos (...)”², arruinando la “patriótica” discreción, cuando no mutismo, impuesto a la prensa desde el conflicto de Crimea, que había comenzado a zozobrar durante el conflicto de Vietnam, que puso en conocimiento de la opinión pública norteamericana ciertos sucesos a ambos lados del frente. Pero en vez de optarse por la crítica develatoria que caracterizó el periodismo que cubrió la Guerra de Vietnam, el modelo propuesto en la Guerra del Golfo del 91 se aproximaba a la dimensión de *conflict show*, o *reality war* si se prefiere, a menudo incapaz de explicar razones del enfrentamiento, los “por qué” ausentes,

típicos de un formato televisivo siempre menesteroso del recurso tiempo.

2.- Despierten, aquí está *Al-Jazeera*

Quizás por eso la tímida aparición en 1996 de una canal de cable árabe —más precisamente qatari— no pareció alterar el predominante lugar de la estación privada norteamericana. Originalmente con un presupuesto pequeño, la empresa privada recibió el respaldo del Jeque de Qatar, Hamad bin Califa Al Thani, pero particularmente se benefició de la experiencia de profesionales provenientes del abortado proyecto de la BBC en árabe. Fue nominada *Al Jazeera*, que en árabe significa “isla” o “península”, enfatizando su origen en la península de Qatar o el mismo Golfo Árábigo, para los árabes.

El impulso definitivo lo recibió con el crédito a largo plazo de 150 millones sin intereses que entregó el jeque bajo la promesa de autofinanciamiento. Adicionalmente, la llegada de Adnan Al Sharif como hombre ancla de la cadena potenció a la germinal red. No obstante, la oportunidad llegó de la mano de los ataques contra el Centro Mundial de Comercio (...) de septiembre 2001 y los bombardeos norteamericanos sobre Afganistán de octubre de ese mismo año.

Como había sido su desempeño en los conflictos bélicos y las crisis internacionales de la última década del siglo XX, que fueron desde el polvorín balcánico hasta la lucha armada ruso-chechena, nuevamente la CNN se aprestó a llegar primero en la transmisión de imágenes bélicas. Las cosas cambiaron cuando Osama Ben Laden y el Mullah Omar escogieron a *Al Jazeera* para dirigirse al mundo islámico y a la opinión pública mundial una vez iniciada la guerra contra el terrorismo. La estación qatarí rápidamente se convirtió en un referente mediático que presentaba las informaciones en clave local-regional, en una imprevista reemergencia de las señas culturales árabes. Por primera vez en dos décadas, el primer intermediario en la transmisión de noticias no hablaba en inglés, sino que en árabe y desde la periferia. Desde el punto de vista estrictamente periodístico, en plenos conflictos bélicos de Afganistán e Irak, *Al Jazeera* otorgaba opciones profesionales distintas a la CNN o a los tradicionales canales occidentales, al emitir el punto de vista del otro, el adversario. Los profesionales no estaban asociados a las tropas, sino que más bien ofrecían una versión diferente de los hechos. Su cobertura de los conflictos armados de Asia Central y Oriente Medio ofreció alternativa a los

medios occidentales en orden de transmitir imágenes de víctimas civiles, secuestros y otras acciones. Pero, ¿hasta dónde?

Ciertamente coexisten diversas miradas del papel y objetivos de *Al Jazeera*. Para muchos es necesario recordar que junto a *Al Jazeera* otros medios de comunicación han emergido en las dos últimas décadas. Por ejemplo el prolífico cine independiente árabe, que ha reflejado problemas e incertidumbres de dicha sociedad. O incluso otros canales de televisión, que aunque con menos audiencia que *Al Jazeera*, han registrado verdaderos golpes periodísticos, como el caso de *Al Arabiya*, que recientemente transmitió los descargos de Mubarak después de su salida del poder. Otros advierten que detrás de la presentación de las diversas sensibilidades políticas inter árabes se encubre la creciente asociación con su principal competidor, CNN, convergencia cuya cúspide es la mutación del drama árabe en un segmento de la sociedad del espectáculo. Sin embargo, tampoco se puede negar que en la presentación de la heterogeneidad árabe las elites gobernantes de estados con orientaciones disímiles, entre los cuales se puede citar a Marruecos, Argelia, Túnez, Egipto, Jordania, Kuwait y Arabia Saudí, han condenado el trabajo de *Al Jazeera*, cuando no prohibi-

do. Particularmente, los estados árabes del Golfo Pérsico fueron sensibles y contrarios a la emergencia de *Al Jazeera*, en una postura que puede ser leída como una extensión de la unidad securitaria del Consejo del Golfo.³ Desde Europa y Estados Unidos se elogiaba su libertad de expresión y ecuanimidad, al tiempo que Washington acusaba a *Al Jazeera* de colaborar con el islamismo radical, incentivando posiciones antioccidentales. Quizás por lo anterior sus oficinas en Kabul y Bagdad fueran bombardeadas en noviembre de 2001 y abril de 2004.

Al Jazeera intenta abrir las opciones mediáticas árabes distinguiéndose al mismo tiempo de los canales occidentales. En un documental de 2004 sobre la cobertura de *Al Jazeera* a la intervención militar norteamericana en Irak de 2003, llamado *Sala de Control*, Samir Khader, productor ejecutivo senior de la estación televisiva, señala:

El mensaje de *Al Jazeera* es, en primer lugar, educar a las masas árabes respecto de la llamada “democracia”. Respecto a otras opiniones, el libre debate, sin tabúes. Todo debe ser tratado con inteligencia, con transparencia. E intentar mover esas sociedades, despertarlos. Decirles *despierten*. Hay un mundo a su alrededor. Algo ocurre en el mundo, ustedes están dormidos, despierten. Ese es el mensaje de *Al Jazeera*.⁴

Tal vez por lo anterior, y en contraste con la posición denegativa gubernamental de los Estados Árabes, sus sociedades comenzaron a premiar con su audiencia al canal qatari. Este éxito de *rating* en su ambiente se incrementó con la inauguración hacia el 2006 de la señal en inglés, que produjo que otras sociedades, incluida la norteamericana, importaran sus imágenes más allá del mundo árabe, comenzando su consolidación como referente informativo de carácter internacional. Figuraron entre sus primeros suscriptores la propia Casa Blanca, el Departamento de Estado el Pentágono, así como el propio ícono de la globalización mediática, la CNN, aunque al mismo tiempo los derechos plenos de distribución se limitaron a algunas urbes. Lo anterior explica que la invasión militar israelí a Gaza de diciembre de 2008 y enero de 2009, denominada “Operación Plomo Fundido”, fuera seguida en Estados Unidos principalmente desde la señal de *Al Jazeera* vía internet. Hacia principios de 2011 *Al Jazeera* cubría 65 Estados del mundo, para ser visto por más de 100 canales diferentes. Sin embargo, la *intifada* Panárabe de 2011 provocó una avalancha de interés por contar con el punto de vista ofrecido por *Al Jazeera*, llegando algunas cadenas televisivas

por cable incluso a titular sus notas con el sorprendente rótulo “*Al Jazeera* informa”. Es que para legos e iniciados en la situación árabe, así como pasa quienes deseaban seguir los eventos últimos, el canal árabe pasó a ser insustituible, relegando a los informativos televisivos norteamericanos apenas a la calidad de suplemento. Detrás de lo anterior estaba la cobertura nacional de las manifestaciones en Egipto, que proveyó *Al Jazeera* con sus reporteros no sólo en las grandes ciudades de El Cairo o Alejandría, sino que en ciudades menores y poblados.

De esta manera se insinúa un cierto papel de *Al Jazeera* en el desarrollo de los actuales acontecimientos en el espacio árabe. La cobertura implementada por el canal satelital en las crisis de Túnez y Egipto creó una suerte de identificación de los telespectadores árabes con la calle insurrecta, pero más que eso impulsó la insurgencia desde una ciudad a la otra. Conciente de lo anterior, el propio Ministerio de Informaciones egipcio ordenó al canal cerrar sus operaciones a mediados de enero, cuestión que finalmente no ocurrió. Respecto del papel de *Al Jazeera*, Marc Lynch, académico de la Universidad George Washington, especialista en medios de comunicación árabes,

aseguró: “(...) la noción de que hay una lucha común a través del mundo árabe es algo que *Al Jazeera* ayudó a crear(...). No provocaron estos acontecimientos, pero es casi imposible imaginar que esto pudiera pasar sin *Al Jazeera*”.⁵

Por cierto, esta capacidad de incidir en el espacio político árabe define a *Al Jazeera* como un actor internacional no estatal, si seguimos a Merle.⁶ La paradoja aparente es que se constituye en actor internacional teniendo como Estado anfitrión a un colectivo estatal periférico, marginal en la sociedad interestatal⁷, Qatar, que aunque organiza elecciones municipales a la usanza política occidental⁸, es simultáneamente sede del comando central norteamericano. Desde dicha mirada, críticos enfatizan que la propiedad de los medios de producción define la línea editorial, lo que no lo hace ciertamente independiente. La función ideológica de *Al Jazeera* sería entonces aportar la justificación de un orden social y político que perpetúa en su Estado sede las bases tradicionales de poder. No obstante, Al Thani suprimió el Ministerio de Información y concedió un amplio margen de libertad editorial al canal satelital, como una divisa que le permitiría competir con las cadenas occidentales. El nudo gordiano

del monopolio narrativo de las imágenes al momento transmitidas por CNN sólo podía ser desafiado con la producción cultural alterna de otro canal, construido desde otra *glocalidad*, esto es, una entidad local con lógica global. Así se erigió *Al Jazeera* como un actor más de los hechos que narraba.

A propósito de lo anterior, Witker recoge visiones de las relaciones internacionales para argumentar el *sui generis* estatus de actor no estatal internacional de *Al Jazeera* al interior de la civilización árabe⁹. Desde un enfoque realista —y nosotros pensamos neorrealista—, este tipo de actor estaría dotado de una autonomía relativa y racionalidad —cuestión que evidencia la decisión del mecenas Al Thani de otorgarle libertad y emancipación editorial, símbolo de la voluntad de transparentar al mundo árabe—, aunque sus fines se midan esencialmente en términos de influencia. Lo anterior explica que no produzca, aunque sé incida en su curso, los acontecimientos, desde la transmisión de las exclusivas del fundador y líder de Al Qaeda —que alentaba su cacería por las fuerzas especiales de la coalición contra el terrorismo—, hasta el actual levantamiento árabe que se propagó desde un punto geográfico específico a gran parte de la arabilidad, y que alcanza a Siria en Levante

y Baréin en el Golfo. Lo anterior cuestiona y relativiza la narrativa discursiva y factual de las potencias occidentales para dotar de sentido y legitimidad a sus operaciones diplomáticas, políticas y bélicas, perdiendo el monopolio hegemónico de la información. Desde dicho registro, *Al Jazeera* posibilitó la producción de contra hegemonía, por el sólo hecho de competir —bajo las reglas liberales— en la reproducción de eventos “en el tiempo real”. Al multiplicarse las imágenes de narración de la realidad contada, ésta deja de tener un sentido unitario. Más que reducirla a un solo relato, la realidad se complejiza.¹⁰ Adicionalmente, y desde enfoques neo funcionalistas y postmarxistas, la racionalidad definiría al tipo de actor como *Al Jazeera*¹¹, característica que le permitiría rivalizar con la primera potencia mundial en el suministro de noticias e imágenes. Se presenta como un canal diferente e independiente, lo que podría explicar bombardeos por error a sus oficinas en Kabul durante la primera parte de la “Guerra contra el Terrorismo”, pero también las denuncias, cierres de sus sedes, expulsión de periodistas por diferentes Estados árabe-islámicos que tampoco toleran la competencia y cuestionamiento de un actor no digamos sólo internacional sino que transnacional, de suyo.

3.- *Abu al-Haul* o el Padre del Terror

Las imágenes de jóvenes enfrentándose a la represión de fuerzas policiales y de seguridad produjeron otra versión de los sucesos, alentando a los televidentes a participar del levantamiento. En consecuencia, el miedo —principal instrumento de disciplinamiento social de las elites dirigentes— se desplaza, cambia de lugar. El miedo como represión política fungía a partir de la percepción de amenaza contra la seguridad física y/o el bienestar moral de las sociedades árabes nacionales, respecto a las cuales las elites se erigieron como protectoras. “El fin de la obediencia es la protección”, sentencia Hobbes para explicar la fobia a la agresión externa o a la anarquía local¹², o si se prefiere, en términos simplificados: “O nosotros o Al Qaeda”, en la actualización del mandamiento de los viejos despotismos sintetizado por Orwell en la sentencia “Tu no harás”.¹³ En consecuencia, la posibilidad de acción humana queda neutralizada.¹⁴

Uno de los telones de fondo del miedo político de la era moderna ha sido la lucha continua, armada y desarmada, entre las fuerzas de transformación política, y las que se niegan a adaptarse a ellas. Violentos o no, quienes participan han encontrado a menudo resistencia

de las partes del Orden, que buscan someter a sus oponentes a través del miedo.¹⁵

Respecto a la instrumentalización del miedo por partes de las elites, Corey Robin explica:

Por elites entiendo a aquellos personajes que tienen o controlan la mayor parte del poder y los recursos, que tienen una buena posición para actuar políticamente a su favor, y el de la sociedad. Más que cualquier otro grupo, toman la iniciativa y cosechan los frutos del miedo político. Si el miedo es de tipo arriba-abajo, las elites lo crean mediante coerción directa e inmediata y su apoyo a lo largo del tiempo son las leyes y las ideologías. Si el miedo es de tipo comunidad-extranjero, las elites siguen tomando la iniciativa y cosechan los mejores beneficios. Designados protectores de la seguridad de una comunidad, determinan qué amenazas son las más importantes.¹⁶

Regresando a nuestro tema, los espectadores árabes fueron notificados de la inmolación del verdulero tunecino mediante noticias y la transmisión televisiva de concentraciones políticas, provocando en la base social el íntimo anhelo de desafiar a las elites. La percepción de inseguridad entre las poblaciones, una sensación tan antigua como las rebeliones mismas, cambió de dirección y se desplazó gradualmente para alojarse en los grupos dirigentes medrosos de sus subordinados.¹⁷ El caso de los egipcios nuevamente

es ilustrativo. Durante siglos los egipcios habían observado con temor a la esfinge: figura medio animal, medio humana, esto es zooantropomórfica, vestigio y recuerdo de tiempos pretéritos, de la época del faraón. El soberano del Nilo no solo representa la monarquía de la *Yahiliya*, o tiempo de la ignorancia, sino que asimismo es el símbolo del poder pagano, un poder omnímodo, a menudo arbitrario. El rumor popular que ha corrido centurias atrás es que la esfinge era “*Abu al-Haul*” o “Padre del Terror”, referenciando al faraón que castigaba a sus súbditos. Se constituye la imagen del gobernante que se autoproclama de naturaleza divina, pero que no gobierna de acuerdo a la *Sharia*, sino que ejerce el terror de su poder. Tenemos entonces que desde que el Jedive egipcio se emancipa de la Sublime Puerta (el Imperio Otomano), apoyándose crecientemente en la potencia británica desde la ocupación militar de 1882, será acusado de ser la nueva encarnación faraónica. El régimen de aspiraciones pan-nacionalistas constituido por el gobierno de Gamal Abdel Nasser puede haber sido un intermedio para dicho registro de la oralidad popular contestataria que renació con la aproximación de Sadat a Washington.¹⁸ Su sucesor, Hosni Mubarak, fue con el tiempo

reconocido también como “faraón”, encarnando la idea del gobernante que genera miedo, un monarca asimilado al “Padre del Terror”. La pregunta es, ¿qué nos dice la oralidad popular egipcia? La respuesta es la utilización del recurso fóbico con fines políticos, la producción de inmovilismo. Volviendo a Corey, podemos concluir que cuando el miedo es instrumentalizado por las elites para disciplinar a las sociedades, el propósito del poder formal es aglutinar a la nación —lo que permitiría, por ejemplo en otras latitudes, la legitimación de “guerras contra el terror”, y que podríamos llamar más propiamente “Guerras por el Miedo”—, mientras que la fobia a los poderosos donde la base social divide a la sociedad.¹⁹ Complementariamente a lo anterior, pensamos que la unidad nacional puede ser restituida mediante la (re)emergencia de íconos sociales cohesivos, compartidos por gran parte de la sociedad. El papel de *Al Jazeera* y otros medios de comunicación fue precisamente aportar imágenes de lucha de los menos poderosos contra los más. La unidad fue entendida como la común lucha del conjunto de la arabidad —de ahí su carácter panárabe— contra los dirigentes nacionales no sólo corruptos e impíos, si pensamos en los tradicionales argumentos islamistas,

sino que fundamentalmente opresores. La posibilidad de rebelarse contra el poder terminó por desbaratar el disciplinamiento desde la autoridad. El “Padre del Terror” fue incapaz de inmovilizar las demandas populares mediante el miedo. La consigna pareció ser “si otros se atreven porque yo no”, cuestión imposible de imaginar sin la mediación de los medios de comunicación *glocales*, de lo cual *Al Jazeera* parece ser la quinta esencia. Las imágenes de una rebelión popular masiva invirtió la dirección del recurso fóbico, sedimentándose en las elites.

4.- *Al Jazeera*: mitemas, transparentación, video-política

Pero si el miedo ya no inmoviliza a la sociedad, ¿qué la mueve? Los mitos son poderosos catalizadores, las actualizaciones de la memoria colectiva de tiempos mejores también. Después de todo, el mito de la re-emergencia del califato islámico ha inspirado a ciertos radicales islámicos del tipo Al Qaeda: una sociedad mejor dirigida por un estado confesional de acuerdo a la ley de Dios (*Sharía*). En el caso del levantamiento árabe de 2011, el recurso de la exigencia de mayores rangos de autonomía, participación y libertades remiten al programa de la mo-

dernidad liberal, que también tuvo cultores entre la intelectualidad árabe formada en universidades preferentemente francesas, lo que explica el rótulo de reformistas liberales, a decir de Ramadan.²⁰ De allí que muchos ven como base del movimiento un despertar árabe fungiendo como actualización de la memoria de la *Nahda*, un movimiento cultural que desde la *intelligentsia* apeló a las mismas demandas de la actual *intifada* panárabe.

Pensamos, sin embargo, que es precisamente el carácter panárabe el articulador mítico más determinante, y es allí donde *Al Jazeera* juega un papel. El canal satelital restituyó/actualizó el mito de la unidad árabe, constituyéndose en un catalizador cronotópico de dicha unidad. Es decir, por medio de su función periodística de emitir/interpretar eventos, aunque no cualquiera sino que local-regionales —es decir árabes—, recuperando una imagen pérdida por más de cuatro décadas: la vigencia de los panárabe no en la cúspide, sino que en la propia base social (un medio en árabe, facturado por árabes y destinado al consumo primero de los árabes). Siguiendo la definición de Mijail Bajtín, el cronotopo es el lugar donde se atan y desatan los nudos de la narrativa: se puede decir sin reservas que a ellos pertenece

el sentido que moldea la narración. Por eso yuxtapone los ordenamientos espacio-temporales que son internos a una obra con los que son externos, contextuales: aunque no son iguales, estos ordenamientos son inseparables. También los cronotopos son instancias de la regionalidad del conocimiento, ya que todos los significados que entran en nuestra experiencia (que es experiencia social) deben asumir la forma de un signo que es audible y visible para nosotros (sea jeroglifo, fórmula matemática, expresión verbal o lingüística, boceto, etc.). Sin la expresión temporo-espacial, resulta imposible aún el pensamiento abstracto. Dicho en otras palabras, existe una cronotopidad general del lenguaje. Los ejemplos que comenta Bajtín pertenecen sólo a la narración literaria, pero no hay por qué no extender la discusión hacia otros materiales, como él mismo sugiere.²¹

En este último sentido nos referimos a la erección de una imagen televisiva, la que ha procurado *Al Jazeera*. El mito político panárabe funge como facilitador de la integración social, expresada a través de la movilización que aludimos de *intifada* panárabe. La primera función sirve como:

(...) elemento de unificación en torno a una creencia, cosmovisión, idea o proyecto político

encarnado en un grupo, partido o movimiento que adopta una estructura y una organización perfectamente racionales, pero que se basa originariamente en mitos políticos.²²

Pensamos que los rebeldes árabes de comienzos de 2011, más que apuntar a un renacimiento árabe del tipo *Nahda* —posibilidad que no descartamos para segmentos del liderazgo—, se orienta básicamente a la reificación de un destino común bajo las consignas de participación y libertad. *Al Jazeera* transparente dicha vocación panárabe al dar cuenta de la proyección regional del movimiento, una invitación tácita a la adhesión dinámica de la sociedad en un alzamiento general. De esta manera, la sociedad transparente de Vattimo encuentra su vórtice en el movimiento panárabe, y la justificación para seguir alimentando las expectativas sociales de unidad y proyección de un levantamiento que supera las fronteras nacionales y que se aproxima a la posibilidad de emancipación, cotejada en el cambio del estado de ánimo de la sociedad árabe.

5.- Algunas consideraciones

La reciente rebelión en los países árabes da cuenta sobre todo de la amplitud y diversidad de una sociedad civil invisibilizada por la dicotomía de gobiernos autoritarios-

oposición radical islámica. Las pancartas exigiendo participación y mayores libertades constituyen la evidencia gráfica de lo anterior, testimonio de un momento democrático (sin que por ello se pueda asegurar que se desemboque en regímenes liberales). De esta manera, podemos asegurar que la sociedad civil árabe se pudo expresar en toda su magnitud una vez que las condiciones de transparentación de sus demandas sobrepasaron los límites políticos impuestos desde los círculos oficiales. *Al Jazeera* ha sido un factor clave de la incipiente *glasnost* egipcia, desde dicho punto proyectada al mundo árabe, no preparada desde el Estado, aunque sí probablemente desde elites liberales interesadas en abrir el juego político más allá de los tradicionales actores gubernamentales y los espacios sociales ganados por los islamistas. Aunque *Al Jazeera* no es ni de lejos el único medio de comunicación que transmitió el descontento e insatisfacción social —junto con este canal satelital habría que citar otros como *Al Arabiya*, o el papel que desempeñó en la germinación del movimiento la producción de cine independiente—, se ha constituido en un símbolo del momento con su red de corresponsalías y su amplia audiencia. La *intifada* panárabe de 2011 es para *Al Jazeera*

lo que fue para la CNN la Guerra del Golfo de 1991, es decir, el evento que terminó por consolidar su liderazgo en la emisión mundial de noticias, sólo que en el caso del canal árabe se trate de un liderazgo regional indiscutido, que ha nutrido las reacciones de los manifestantes en su jornadas de enfrentamiento al poder formal de dinastías tradicionalistas, regímenes pro-occidentales, o simples autoritarismos.

Es que con sus despachos *in situ*, llegando a lugares donde otros canales no arriban, ha influido en el curso mismo de los sucesos, constituyéndose en un actor de suyo en la escena árabe. Ciertamente que *Al Jazeera* no provocó la pléyade de protestas y manifestaciones populares, pero las prolongó telegénicamente y con ello impulsó el clamor popular por cambios más allá de los grupos rebeldes primigenios. Lo anterior basta para asegurar que además se ha consolidado como un nuevo actor internacional no gubernamental.

NOTAS

- 1 Baudillard, J. *La guerra del Golfo no ha tenido lugar*. Barcelona, Editorial Anagrama, 1991.
- 2 Knutsen, T. *A History of International Relations Theory*. Manchester, Manchester University Press, 1998, p. 264.
- 3 Los regímenes tradicionalistas islámicos (emiratos y reinos) de Medio Oriente (Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos, Kuwait y Qatar) hacia 1981 for-

- maban junto a Estados Unidos una alianza militar denominada Consejo de Cooperación del Golfo Pérsico, cuyo objetivo declarado fue neutralizar la exportación de la revolución islámica iraní en la región. Se trata de una respuesta en sintonía con la estrategia realista de las relaciones internacionales de Washington, basada en la constitución de acuerdo militares anti-comunistas, tales como el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) o la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN). Esta es la primera ocasión en que el acuerdo no tiene a la contención soviética como su referencia. En el ámbito declarativo, los aliados de Washington se sometían a la “jurisdicción internacional” —lo que equivalía al orden norteamericano y su aparejo: normas internacionales, liberalismo económico—, relegando a un segundo lugar los principios de la ley islámica (*sharía*).
- 4 Documental “Sala de Control”, 2004.
 - 5 BBC Mundo en español, “La Hora de Al Jazeera”, y en: http://www.bbc.co.uk/mundo/noticias/2011/02/110209_al_jazeera_bbc_egipto_rg.shtml, accedido el 25 de abril de 2011.
 - 6 Merle, M. *Sociología de las Relaciones Internacionales*. Madrid, Alianza Editorial, 1995, p. 341.
 - 7 Witker, I. “Opinión pública y políticas exteriores. La influencia de medios de comunicación. El caso de TV Al Yazira”, en: *Revista de Estudios Avanzados Inter@ctiva*, Santiago de Chile, Instituto de Estudios Avanzados, Universidad de Santiago de Chile, p. 11.
 - 8 A-Eryani, A. “Democracy in the Arab World”, edited by Herald Muñoz, *Democracy Rising, Assessing the global challenges*. London, Renner Publishers, Boulder, 2006, p. 69.
 - 9 Witker, I., *op. cit.*, p. 22.
 - 10 Vattimo, G. *La Sociedad Transparente*. Madrid, Paidós Ibérica, 1996.
 - 11 Witker, I., *op. cit.*, p. 14.
 - 12 Hobbes, Th. *Leviathan*. Richard Tuck, Nueva York, Cambridge University Press, 1991, p. 153.
 - 13 Orwell, G. *Nineteen Eighty-four*, New York, Penguin, 1981, p. 205.
 - 14 Corey, R., *El Miedo. Historia de una idea política*, México, Fondo de Cultura Económica, 2009, p. 134.
 - 15 Corey, R., *op. cit.*, p. 98.
 - 16 *Ibid*, p. 342.
 - 17 *Ibid*, p. 153.
 - 18 Una evidencia de la persistencia de esta creencia fue la exclamación que soltaron los ejecutores del Presidente egipcio Sadat: “Muerte al faraón”. La *Infitah* (política liberal de apertura), pero sobretudo el pacto con los dirigentes israelíes en Camp David, constituyó un acto de apostasía para los radicales islámicos que ejecutaron el magnicidio en 1981.
 - 19 Corey, R., *op. cit.*, p. 308.
 - 20 Ramadam, T. *El Reformismo Musulmán. Desde sus orígenes hasta los Hermanos Musulmanes*. Barcelona, Ed. Bellaterra, 2000.
 - 21 Rowe, W., “La regionalidad de los conceptos en el estudio de la cultura”. Santiago de Chile, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, N° 50, pp. 165-72, 1999, p. 166.
 - 22 Hubeñák, F. *Roma: el Mito Político*. Buenos Aires, Ediciones Ciudad Argentina, 1996, p. 105.

